

CARTA PASTORAL
QUE CON MOTIVO DE LA SOLEMNE CELEBRACION
DEL
SÉTIMO CENTENARIO
DE LA
NATIVIDAD DEL GRAN PATRIARCA
SAN FRANCISCO DE ASÍS

DIRIGE

Á TODOS LOS RR. PP. Y HH. CAPUCHINOS,
CLÉRIGOS Y LEGOS, RESIDENTES EN LOS DISTINTOS CONVENTOS
DE ESPAÑA

FR. JOAQUIN DE LLEVANERAS

COMISARIO APOSTÓLICO DE LOS MISMOS. (L. I.)



VALLADOLID:
IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA É HIJOS,
calle de Cantarranas, núm. 40.

1882

G-F 19473



CARTA PASTORAL

QUE CON MOTIVO DE LA SOLEMNE CELEBRACION

DEL

SÉTIMO CENTENARIO

DE LA

NATIVIDAD DEL GRAN PATRIARCA

SAN FRANCISCO DE ASÍS

DIRIGE

Á TODOS LOS RR. PP. Y HH. CAPUCHINOS,
CLÉRIGOS Y LEGOS, RESIDENTES EN LOS DISTINTOS CONVENTOS
DE ESPAÑA

FR. JOAQUIN DE LLEVANERAS

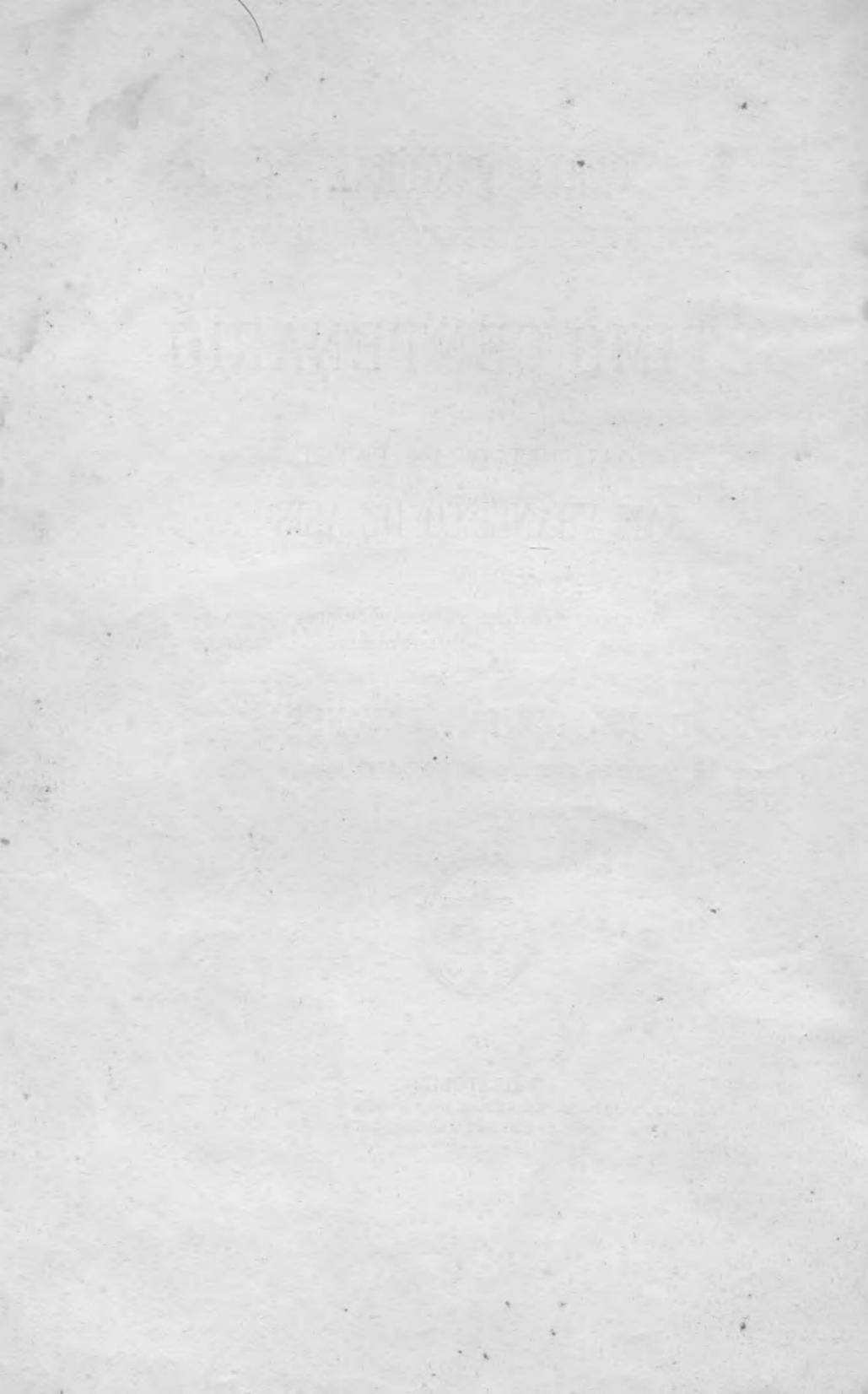
COMISARIO APOSTÓLICO DE LOS MISMOS. (L. I.)

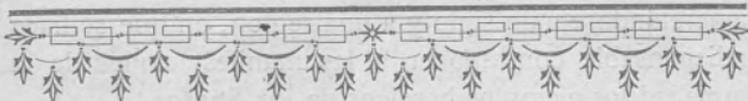


VALLADOLID:
IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA HIJOS,
calle de Cantarranas, núm. 40.

1882







EL CENTENARIO
DE
N. S. P. SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Quæ stulta sunt mundi elegit Deus,
ut confundat sapientes, et infirma mun-
di elegit Deus, ut confundat fortia.

(S. Pablo, epist. 1.^a ad Corint. cap. 1.
ver. 27.)

NOS FR. JOAQUIN DE LLEVANERAS,
COMISARIO APOSTÓLICO DE LOS FF. MENORES CAPUCHI-
NOS DE ESPAÑA (L. 1.) Á TÓDOS NUESTROS AMADOS
PP. Y HH.,

Salud y bendicion en N. S. J.:

Cuando todo el Orbe Católico, RR. PP. y CC. HH., se agita, se entusiasma y prepara prodigiosamente para celebrar el *Centenario* de N. S. P. San Francisco, sería una falta gravísima permanecer nosotros inactivos, frios y aislados de un movimiento tan glorioso, legítimo y espontáneo: los hijos son los que deben tomar la parte más activa en las fiestas de su Padre.

Si esto es rigurosamente verdadero, áun prescindiendo de todo tiempo y de todo país, lo es mucho más

concretándose á un siglo y á una region, en que se hace indispensable contraponer á las manifestaciones de la impiedad los ejemplos heróicos de los Santos.

Es preciso rehabilitar la memoria de esos hombres verdaderamente piadosos, verdaderamente grandes, verdaderamente dignos de toda alabanza y acreedores á la eterna gratitud de la Iglesia y de los pueblos, ante las generaciones vanas y frívolas que se agitan en el seno de la culta Europa, y se arman para demoler á un tiempo la religion y la sociedad.

Es preciso anunciar los elogios de esos hombres verdaderamente admirables, verdaderamente ilustres, verdaderamente santos y bienhechores del humano linaje, á esa multitud que seducida por los doctores del error, no extiende su vista más allá del horizonte de este mundo, ni aspira á otro ideal más perfecto que el de la vida presente, ni suspira sino por enriquecerse y divertirse.

Es preciso, en fin, hacer la apoteósis de esos hombres verdaderamente extraordinarios, por los cuales Dios ha salvado á su pueblo, para que todas las generaciones sepan que la memoria del justo es inmortal en el pensamiento de Dios y de sus hijos, que su nombre vive en todos los siglos y naciones, que la Providencia no abandona jamás al ludibrio y oprobio de los incrédulos á los ministros y ejecutores de sus designios de misericordia, sino que volviendo por su honor ultrajado; les devuelve la gloria, y repara el buen sentido y la religion, ofendida por los malvados.

Sí, carísimos PP. y HH., en nuestro concepto, la celebracion del Centenario de nuestro S. Padre, es un hecho providencial, encaminado á reparar el decoro de

su nombre, mancillado por los ataques dirigidos á su obra por hombres sin fé, ni temor de Dios; á restaurar la gloria de sus fundaciones perseguidas y el honor de la Iglesia, discutido por esos mismos hombres, que, cerrando sus ojos á la luz, no ven en las Ordenes religiosas otra cosa que ignorancia, supersticion y fanatismo.

Es una grande obra de justicia que Dios ha inspirado al mundo: en su magnificencia, brillo y esplendor, está interesada la Iglesia y las Ordenes religiosas, Dios y los hombres; y nosotros, que nos gloriamos de tenerle por Padre, tenemos en la celebridad y buen éxito de estas fiestas un interés especial. Se trata de nuestro S. Padre, se trata de nosotros: por él existimos, y permanecemos eternamente: *Filii eorum, propter illos usque in æternum manent.*

En esta ocasion solemne, creemos interpretar vuestros sentimientos, RR. PP. y carísimos HH., haciéndoos ver la elevada mision que N. S. P. S. Francisco recibió de la Providencia, y cómo esta le tomó por ministro y ejecutor de los planes de misericordia que había concebido sobre los hombres. Debemos colocarnos en este punto de vista, para comprender algun tanto el respeto y veneracion que debemos, y con nosotros el mundo todo, á nuestro S. Padre.

En los profundos designios de Dios, no estaba destinado solamente para dar al mundo un grandioso y estupendo espectáculo de las más sublimes y divinas virtudes, lo cual es ciertamente una gran mision, sino que además, estaba encargado de dotar á la Iglesia y al mundo de admirables Instituciones, en las cuales se debian perpetuar aquellas eminentes virtudes que fueron con razon el asombro de su

siglo y siguientes, hasta el fin del mundo; en las cuales debían estar siempre abiertas las fuentes de la eterna misericordia, y guardarse en ellas, á manera de minas inagotables, tesoros de vida y salvacion para todo el linaje humano.

Para comprender mejor la altísima mision de N. S. Padre, creemos indispensable contemplar la época en la cual le envió al mundo la Divina Providencia.

Si; necesitase dar una mirada retrospectiva hácia el ultimo tercio del siglo XII, y primero del siguiente; es preciso fijarse en aquel período y penetrar en el fondo de las cosas, para hacerse cargo del movimiento que agitaba al mundo en aquel entonces; de la funesta tendencia que comunicaba á los pueblos, de los insondables abismos á que los arrastraba, para medir en toda su grandeza al Hombre privilegiado que Dios envió al mundo para enderezar sus caminos y salvarle de su ruina.

Y bien, ¿Cuál era la situacion del mundo cuando nació N. S. Padre?

Hela aquí.

La Europa estaba terriblemente amenazada por el inmenso poderío de un pueblo rival y enemigo, que dominaba en Asia, en África y en países vastos y ventajosamente situados de la misma Europa; los Príncipes de esta divididos contra sí mismos, y empeñados en tristes luchas con los pueblos, la Iglesia y el Pontificado; todas las clases sociales profundamente corrompidas, separadas por intereses opuestos y devoradas por la discordia; los pueblos ocupados en hacerse mutuamente la guerra, y los moradores

de una misma ciudad divididos en bandos, que venían á las manos con increíble frecuencia.

Pero no es esto todo: había algo más grave, algo más profundo y trascendental que ese gran desorden de los hechos; la perturbacion no se limitaba á la superficie de las cosas, como las agitaciones del Oceano; la lucha no era solo entre cuerpos é intereses materiales: la lucha estaba entre los espíritus, llegaba al fondo mismo: discutíase la doctrina; tocábase á los principios, y la tempestad estaba en el orden intelectual, en la elevada region de las ideas, en el mismo mundo lógico.

En efecto. Sectas audaces y poderosas por el número de sus adeptos y sus alianzas con varios príncipes y grandes señores, atacaban el honor, la dignidad é independencia de la Santa Sede, discutian su autoridad doctrinal y su perseverancia en la verdadera fé; combatian la jerarquía eclesiástica y gran parte de los dogmas de la fé católica; ridiculizaban la gravedad de su culto, y afeaban con indignas acusaciones y detestables calumnias á los hombres más grandes y ejemplares de la época.

No se contentaban con atacar el orden estrictamente religioso; ellas llevaban más lejos sus miras destructoras, y el orden social y político fué tambien debatido y trastornados sus fundamentos con una osadía y un furor que no tiene otros ejemplos en la historia, que los que ofrecen los siglos XVI, XVIII y XIX.

La legitimidad de las autoridades civiles, el derecho de propiedad, el matrimonio, todo, todo fué negado, y sustituido en sus sistemas, por la abolicion absoluta de toda autoridad política, de todo derecho de propie-

dad, de toda familia; proclamando en su consecuencia el socialismo y el comunismo.

Extraviadas de tal manera las inteligencias, y corrompidos los corazones, operábase lentamente en el seno de la Europa una revolucion profunda contra todo orden religioso y social; revolucion más que suficiente por sí sola, para dar en tierra con el edificio cristiano, si su artífice no fuese el mismo Dios; y con el edificio cristiano, toda la gloria, todo el poder, y la misma nacionalidad europea, ya tan poderosamente amenazada por los hijos del Corán.

Dios, empero, rico en misericordia, no permitió que los hombres siguieran de lleno sus caminos, y que el movimiento del error y del mal continuara su marcha progresiva, sin graves obstáculos que entorpecieran su curso; antes bien, resolvió en sus profundos designios reparar las ruinas de su Iglesia y salvar la Europa, por la cual debía salvar un día la América y la Australia, y esperamos que también el África y el Asia.

Cuéntase, que el gran Papa Inocencio III tuvo por aquel tiempo un sueño, sueño misterioso y providencial por el que se representaba muy al vivo el peligroso estado de su época, y el remedio que Dios preparaba.

Vió en sueños el Pontífice, que la Iglesia de San Juan de Letran venía al suelo, y que un hombre de humilde exterior arrimaba el hombro para sostenerla, é impedir la catástrofe.

Ya lo hemos visto; humanamente hablando, la Iglesia católica venía al suelo; y por otra parte su incondicional duracion hasta la consumacion de los siglos, descansaba en las infalibles promesas de Jesucristo.

No hay en eso contradicción. La Iglesia tiene un lado humano, y por este lado, está sujeta á todas las vicisitudes y decadencias de las obras del hombre; es también viajera y extranjera, es militante sobre la tierra, y como tal, capaz de sufrir toda suerte de contrariedades, que desde el principio le fueron anunciadas detalladamente y con los más vivos colores por su mismo Fundador, bajo cuya poderosa mano se desarrollan todos los acontecimientos de los siglos, como los fenómenos de la naturaleza.

En el último tercio del siglo XII y el primero del XIII, la tempestad se cernía con toda su fuerza sobre la Iglesia; el amargo oleaje del error y del vicio amenazaba tragarla por instantes, vacilaban sus cimientos, sacudidos por el soplo huracanado de las pasiones humanas, el peligro había llegado á su apogeo, y la consternación era universal.

Dios no puede faltar á su palabra.

Y bien, ¿qué hará para cumplirla?

Rey inmortal de los siglos, Moderador supremo de todas las naciones, Sol eterno de las inteligencias, Director Omnipotente de las voluntades, nada puede resistirle. Levanta y destruye los tronos, ensalza y abate las naciones; en su mano está la suerte de todos los pueblos; vuelve las voluntades hácia donde quiere; nada se hace, nada sucede, nada puede acontecer sino en la forma que concibe su inteligencia suprema, y en el tiempo señalado por su providencia, cuyas disposiciones nunca fallan.

¿Convertirá instantáneamente el mundo? restablecerá la paz en un momento dado? exterminará los perturbadores en un instante? En un abrir y cerrar de ojos

puede atraer y fijar en sí todos los corazones, sin quitarles su libertad de acción: ¿los reunirá en un solo haz y los entregará á su Iglesia? ó inspirará hácia esta á todos los hombres un amor sincero y un profundo respeto, aunque no sea sino de un orden puramente humano? Nada de eso.

Pues ¿qué hará ese gran Señor, á quien únicamente pertenecen el poder y la sabiduría? No le vemos coligar los reyes de la tierra en defensa de la Iglesia; no le vemos aunar en su auxilio á los sábios, ni á los grandes y poderosos del mundo, para que luchen en cuerpo compacto contra los adversarios de su Esposa immaculada.

¿Cuál será, pues, el pensamiento de ese Dios, en quien se funda todo lo que tiene ser, afección y vida? Suyo es el consejo, suya es la prudencia; nadie puede aconsejarle, nadie puede entrever sus designios, antecedentemente de los sucesos.

Qué hará, para salvar á su Iglesia, y con ella al mundo, segun tiene prometido desde el principio?

San Pablo nos ha dicho estas profundas palabras: Dios, para realizar sus planes, elige lo necio y lo débil del mundo. Desecha la sabiduría de los sábios y la cordura de los sensatos. Los pensamientos de Dios y los de los hombres son muy diferentes: lo que á juicio de estos es sábio y poderoso, á los ojos de Dios es ignorante y flaco. Así, para ejecutar sus designios, escoje lo que es ignoble y lo que es despreciable, y *lo que no es*, para destruir lo que existe, y lo que se cree *fuerte y poderoso*; á fin de que nadie se glorie en su presencia, y atribuya á su saber, á su sensatez, á su habilidad, talentos, energía, el buen éxito de la empresa; y todos re-

conozcan y confiesen que solo Dios es el autor del proyecto y de su ejecucion: y que á él solo se le debe todo el honor y toda la gloria.

Conforme á estos principios, que constituyen todo el fondo de la sapientísima y sobremanera profunda economía de la Providencia, Dios no rehusa el libre concurso de los hombres para salvar al hombre; antes bien los elige y asocia á su providencia suprema en la grande obra de la salvacion del mundo, y escoge á aquellos que, á nuestro juicio, son más inútiles para tan árduas y sublimes empresas, á fin de que los hombres comprendamos á fondo que el desarrollo de los acontecimientos humanos, no se afectúa sino en la forma ideada por su eterna sabiduría y bajo la mano poderosa de su poder; y nos persuadamos que no valen designios contra el Señor, quien conoce la vanidad de nuestros pensamientos, y confunde á los sabios en sus cálculos mejor concertados.

Adoremos los juicios de Dios, y exclamemos con el Apóstol: ¡Oh elevacion y profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus caminos, é investigables sus designios! Todo se funda en él, todo viene de él, y por él y en él subsiste todo.

Así, para salvar al mundo en el siglo XII y XIII, no suspenderá la tranquila y majestuosa marcha del universo; no renovará las plagas de Egipto contra los impíos; no aunará los grandes y poderosos del mundo en favor de la Iglesia; no llamará á los sábios y á los grandes de la época, para que confundan con su saber y elocuencia á los novadores; no enviará los grandes doctores y profetas que florecieron en otros tiempos;

al parecer no hace nada extraordinario, y deja correr al mundo por sus caminos.

Mas no es así, en la realidad.

Dios se ocupa sériamente en la salvacion del hombre, y para esa grande obra de su misericordia, escogió entre todas las criaturas, existentes y posibles, á nuestro Santo Padre. Nace este en Asís, de padres de modesta condicion, quienes le educan en la religion cristiana, y dedican al comercio. Su carácter vivo, generoso, alegre, y su espíritu caballeresco, le concilió grandes simpatías y cierta fama entre los jóvenes de su edad.

Sinceramente amigo de los pobres, su caridad hácia ellos no tenía límites; deseoso de gloria, abrazó la carrera de las armas, con el objeto principal de defender á los inocentes é indefensos contra las injustas agresiones de los opresores poderosos.

Tales eran los instintos y aspiraciones de Nuestro S. Padre cuando jóven, aspiraciones nobles é instintos elevados que, si bien no hacen sospechar la altísima mision que la Providencia le ha confiado, no permiten confundirle con tantos otros jóvenes disolutos y llenos de pasiones, con los cuales jamás le ligaron los vínculos del compañerismo, y mucho menos los de la amistad, pues él fué siempre un jóven piadoso y devoto.

Sin embargo, no dejaba de correr hácia un ideal de gloria humana que, si bien no incompatible con la virtud, suele frecuentemente ser su escollo. Mas el Señor, que no perdía de vista á su nuevo vaso de elección, dispuso que los acontecimientos, lejos de secundar las aspiraciones del jóven Francisco, le humillaran y condujeran al poder de sus adversarios, quienes le redujeron á prision.

Entonces fué cuando el Señor inspiró á su elegido el disgusto del mundo, el desprecio de las cosas de la tierra, el amor á una gloria más sólida, la pasión y el entusiasmo por las grandezas celestiales y divinas. Desde aquel momento feliz, ya no quiso ser soldado sino de Jesucristo, ya no le agradó manejar otras armas que las de la justicia, la fé, la esperanza, la caridad; ya rehusó combatir á otros enemigos que á sus propios domésticos, los instintos, las inclinaciones, las pasiones del viejo Adán, del hombre carnal y exterior; ya no aceptó otra lucha que la que se dirige contra las réprobas potestades invisibles, contra el antiguo adversario del hombre, contra el príncipe de las tinieblas, y de ese mundo del cual está escrito: *mundus totus in maligno positus est.*

¡Oh próspera adversidad la que en el órden de la Providencia debía ser el resorte de un cambio tan grande en el corazón del jóven Francisco! Ella fué la causa ocasional de su vocación á la grande obra á que era predestinado desde la eternidad; y se cumplió nuevamente en él esta palabra del Apóstol: *Omnia cooperantur in bonum, iis qui, secundum propositum vocati sunt sancti.* Todo coopera y conduce al bien de los predestinados.

Trasformado visiblemente el jóven Francisco en *varon de misericordia*, fué probado en las aguas de la contradicción: *probavi tē apud aquas contradictionis*: Su Padre fué su principal enemigo y más ciego adversario; y como *animalis homo non percipit, quæ sunt Spiritus Dei*, atribuía á capricho, insensatez y locura, lo que era efecto de la gracia; creíase deshonrado ante los hombres por la conducta de su hijo, á quien trataba de la manera más indigna, hasta hacerlo apresar, prodigarle

públicamente los calificativos más odiosos, y por fin despreciarlo, desecharlo y desheredarlo: prueba terrible, y que sufrió con toda la paciencia y resignacion propias de los santos consumados.

Pedro Bernardon fué el verdadero tipo del mundo, que en todo tiempo se ha burlado de la sencillez del justo que trata de servir á Dios.

Francisco, temeroso de Dios, á quien amaba como á su único y verdadero padre, inspirado del Cielo y fortalecido de la gracia, correspondió al llamamiento divino; fiel á la vocacion, consagróse con ardor á la obra á que el Señor le había llamado; obra de misericordia, por la cual Francisco debía ser hecho padre de un gran pueblo, reformador ilustre de las costumbres, reparador incomparable de la Iglesia del Dios vivo, una viva imagen de Jesucristo, un héroe de la Ciudad Santa; mas Bérnardon quería hacer de su hijo un comerciante, un caballero segun el mundo; y porque las cosas no iban por ese camino, se creia vilipendiado, empleando las caricias y las amenazas y todos los medios para disuadirlo y vencer su constancia.

Verdaderamente: *homo, cum in honore esset non intellexit*. No comprendió Bernardon el honor que Dios le hacía con escoger á su hijo para salvar al mundo de su ruina; y su ambicion y su avaricia, le hicieron olvidar los sentimientos de un Padre cristiano. ¡Qué enseñanza para aquellos padres que pretenden ser atendidos y servidos con preferencia al mismo Dios, haciéndose sistemáticamente hostiles, y oponiéndose con todas sus fuerzas á la vocacion de sus hijos! Semejantes Padres no tratan con la madurez, prudencia y rectitud debidas un negocio de tan alta importancia, como el de la voca-

cion, la cual afecta al individuo, á la Iglesia y al mundo entero. Es preciso no oprimir al justo imitando á los hermanos de José; y secundar y favorecer las miras de la Providencia observando la conducta de su buen Padre Jacob, el cual meditaba silenciosa y sériamente sobre los destinos y sobre los sueños de su hijo.

Á despecho de los hombres, prosiguió el Señor la obra principiada, y Francisco, fuera de la casa páterna, consagróse á Dios con nuevos ardores, y se dedicó á la reparacion de la casa del Padre celestial, conforme á esta orden del Cielo: «*Anda, Francisco, y repara mi casa, que se está cayendo*».

¡Notable contraste! Bernardon desprecia á su hijo y le persigue; y Dios le quiere, le honra, le protege y ordena la reparacion de su santa Iglesia; Bernardon le cree incapaz de hacer la dicha y la gloria de la familia, y le cuenta entre los díscolos y rebeldes; y Dios le considera apto para ser el sosten, columna y ornamento de su pueblo, y le cuenta entre los hijos más ilustres de su gracia, entre los más grandes hombres de su misericordia, entre los grandes luminares, entre los grandes caudillos, entre los grandes operarios de su viña y grandes príncipes de su reino.

Verdaderamente, los pensamientos de Dios no son los del hombre, ni los caminos de este los de aquel. El Señor se sirvió de Bernardon, para realizar en su elegido Francisco sus eternos designios; como en otro tiempo de los hermanos de José, para ensalzar á este, salvar el Egipto, y conducir al país de los Faraones la casa de Israel.

Los planes de la Providencia se iban desarrollando en un orden y progresion admirables.

En cierto día asistiendo á Misa Francisco, oyó estas grandes palabras: *no poseáis oro ni plata; en vuestros viajes no lleveis dinero ni calzado; no tengais vestidos dobles; no andeis de casa en casa, mas donde quiera que entrareis y fuereis recibidos, comed de lo que os sirvan.*

Desde aquel momento, Francisco resolvió vivir de limosna toda su vida, á imitacion de Jesucristo y de los Apóstoles; á andar descalzo, vestido con una grosera túnica, y ceñido con una tosca cuerda.

Al poco tiempo, los pueblos comenzaron á admirar y venerar á aquel hombre á quien antes reputaban por loco, pues no advertian en él otras locuras que las de la cruz. Ante los esplendores de su grande y sólida virtud, se disiparon las densas tinieblas de las preven- ciones y equivocados juicios que se habian formado contra él á consecuencia de la imprudente conducta de su Padre.

Su evangélico desprecio de todas las riquezas, hono- res, comodidades y cosas de la tierra, su sincera y pro- funda humildad, su heroica abnegacion, su admirable paciencia, su angelical pureza, su amor y caridad para con los pobres y enfermos, especialmente leprosos, el buen olor de Cristo que difundia en todo lugar, le hicie- ron grande y admirable á los ojos del pueblo, le gana- ron todas las voluntades, y pusieron en su mano todos los corazones.

Pasaba las noches abismado en la más profunda con- templacion de las cosas divinas, los días en el ejercicio de las obras de misericordia y práctica de la más auste- ra penitencia. Toda su conversacion, es decir, todos sus pensamientos, todos sus afectos, todo su espíritu, esta- ba en el cielo; y en su carne brillaba la mortificacion

de Jesucristo, de tal manera, que en su cuerpo mortal resplandecía la vida de Jesús, como quería el Apóstol: no vivía él, es decir, en él no vivía el hombre viejo, el hombre animal; en él no vivía sino el hombre espiritual, el hombre nuevo, Jesucristo, nuestro Dios y Señor.

Una virtud tan grande, no podía estar sin un grande y sincero amor á las almas; y así hacíase todo á todas, para ganarlas á todas. No se limitaba á orar por ellas, no se contentaba enseñándolas con el ejemplo, que es la predicacion más elocuente, persuasiva y fecunda, el camino de la eterna salvacion; quiso enseñarlas tambien de viva voz, para lo cual se ordenó de Diácono; y no quiso ordenarse nunca de Presbítero, porque jamás se creyó digno de una dignidad tan elevada; jamás se consideró bastante puro para ejercer el Sacerdocio, no obstante de conservar su alma tan pura, limpia y hermosa como al salir de las aguas del bautismo, de no haber pasado un solo dia sin adquirir nuevos méritos, y de haber recibido de Dios mismo el encargo, la elevada mision de reparar las ruinas de la Santa Iglesia, y salvar al mundo invadido por la muerte.

¡Profunda humildad! humildad jamás suficientemente ponderada, jamás suficientemente admirada, jamás suficientemente aplaudida: por ella ha sido colocado en lo alto, entre los grandes príncipes de la gloria.

Predicaba, pues, Francisco, *non in persuasibilibus humana sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis*; no discursos pomposos y bien aliñados, ni sobresalientes, por lo que tenían de su parte, bajo el punto de vista teológico, filosófico, científico, literario, pues era hombre verdaderamente sencillo y sin grandes estudios, mas eran discursos sólidos, persuasivos y llenos

de unción. El Señor, que hace discretas y sábias las lenguas de los niños, hacía brotar de los lábios de Francisco rios de sabiduría y de elocuencia, que arrebatában á las almas hasta la vida eterna. Sus sermones no eran obras maestras de sabiduría y oratoria, pero sí de espíritu y de virtud. Hablaba á los oyentes de lo que abundaba su corazón; y su ódio al vicio, y su amor á la virtud, su desprecio de las cosas terrenas, y su entusiasmo por las del Cielo, se comunicaban al auditorio como el fuego á las materias inflamables. Los pueblos se admiraban y se convertían.

De todas partes le llamaban, á todas partes iba, en todas partes era recibido como un Angel de Dios, enviado como los Profetas, para anunciar la buena nueva, predicar las misericordias del Señor, la libertad de hijos de Dios á los esclavos de la corrupcion y del pecado, y para arrancar y destruir, plantar y edificar, segun estas palabras: *«posuite ut evellas et destruas; et dissipas, et ædifices et plantes»*.

Italia, Francia, España, Portugal, Egipto, tuvieron la dicha de tenerle personalmente, y de verse honradas con las pisadas de aquellos pies benditos del mensajero del Señor, de oír sus palabras de vida eterna, de ser testigos de sus virtudes y admirar los prodigios con que el gran Padre de familia acreditaba á su fiel servidor en presencia de todos los pueblos: á ellos era enviado para ser su luz y su salvador: *dedi te in lucem gentium, et ut sis salus mea usque ad extremum terræ*.

¡Qué hermosos, exclamaba Isaías en otro tiempo viendo en espíritu á Jesucristo, qué hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, del que anuncia los bienes eternos, del que predica la salvacion!

Este es el grito de alegría que salía de todos los corazones y se escapaba de todos los lábios de aquellos afortunados pueblos que tenían el consuelo de hospedarle, verle de cerca y oír su voz; grito santo que ponía en fervorosa conmoción toda la tierra, llenando á todos de singular gozo y alegría.

Y no es de admirar. San Juan, que tantas cosas grandes había visto, dijo también, trasportado de gozo y de admiración: «Yo he visto asimismo otro ángel que subía por el oriente y tenía el signo del Dios vivo, el cual dijo á grandes voces á los cuatro enviados con poder de dañar al mundo: *no perjudiqueis á la tierra, ni al mar, ni á los árboles, hasta que hayamos señalado á los servidores de nuestro Dios en sus frentes.*

Este Ángel era N. S. P. á quien Dios se dignó honrar con la impresión de las llagas del Salvador del mundo, su Sacratísimo Hijo Jesucristo y Señor nuestro, para avivar su santo amor en los corazones de los hombres, estinguido por la abundancia de la iniquidad: *quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum.* Así lo reconoce la Iglesia cuando dice: «Señor Jesucristo, que para inflamar nuestros corazones con el fuego de tu amor, renovaste en la carne del bienaventurado Francisco las sagradas llagas de tu pasión, etc.»

N. S. P. S. Francisco, es también el hombre á quien Dios mandó hiciera la señal de la cruz sobre la frente de los escogidos para librarlos de la muerte. Llamó el Señor á un hombre, dice Ezequiel, y le dijo: *Pasa por medio de la ciudad de Jerusalem y señala con la tau,* (era la última letra del antiguo alfabeto hebreo, y tenía forma de Cruz), *la frente de los que deploran las abominaciones que se cometen en ella.* Dijo después á los exterminado-

res: *«seguid á ese hombre, y matad al anciano y al jóven, á la doncella, al niño y á la mujer: no perdone vuestro ojo, ni os compadezcáis; pero no mateis á aquellos sobre cuyas frentes viereis la Tau.*

Aquí tambien se deja entrever á N. S. Padre, el cual acostumbraba hacer la señal de la cruz sobre la frente de toda suerte de personas, siguiendo la inspiracion de lo alto; y podemos creer piadosamente, que fué profetizado por Ezequiel y por S. Juan Evangelista con las expresiones más vivas é imágenes más hermosas y brillantes acerca su mision salvadora.

Hay además en su vida un pasaje admirable.

En cierta ocasion estaba orando fervorosamente, no muy lejos de una pequeña Iglesia que él amaba con ternura, y acercándose un Ángel, le dijo: Francisco, vé á la Iglesia, porque allí te esperan Jesucristo y su Madre. Levantóse al instante y fué á la Iglesia.

Al entrar en ella, vió á nuestro Divino Redentor Jesucristo y su gloriosísima Madre, rodeados de ángeles. Prostróse el humilde servidor ante la Majestad divina, y despues de adorarla con la reverencia más profunda y acatamiento más humilde, oye á la Verdad Eterna, que con inefable amor le dice: *Francisco, pídemme una gracia.*

Profundamente conmovido el amante de las almas, N. S. P., trasportado de gozo y alegría, y abrasado en las llamas de la caridad, Señor, exclama fuera de sí, *si he ballado gracia en vuestros ojos, os pido, que todos los pecadores, que arrepentidos de sus pecados oraren en esta Iglesia, tantas cuantas veces lo bicieren, visitando dicha Iglesia, sean perdonados y absueltos de toda pena, con indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados, de manera que queden restituidos á la inocencia bautismal.*

Agradó al Señor esta petición, y díjole con incomparable ternura: «*Cosa grande, por cierto, es, Francisco, la que has pedido; sin embargo, te la concedo; pero debes acudir á mi Vicario para que la confirme y publique.*»

¿Puede ofrecerse á los ojos de un alma verdaderamente cristiana y piadosa un cuadro más sublime?

Cuando vemos á Salomon, invitado también por el Señor á pedir una gracia, pidiendo el don de sabiduría para saber juzgar con equidad y justicia, sin acordarse para nada de las riquezas, de la conservación de sus estados, de la extensión de sus dominios, de la suerte de sus descendientes, ni de tantas otras cosas que halagan á los Reyes, vemos ciertamente una grande alma, un gran Rey, un Rey que no piensa sino en ser justo con el pueblo confiado á su dirección. Y no es de admirar que agradara á Dios tanto desinterés y tan puras y rectas intenciones. *Placuit Deo*, es cuánto puede decirse en elogio de un hombre.

Mas cuando vemos á N. S. P. S. Francisco rogar á Dios tan constante y eficazmente, implorando de su misericordia el perdón de los pecadores, porque el celo por su salvación le consumía, vemos á un nuevo Moisés intercediendo por la salvación de su pueblo. Más aún; no es ya un puro hombre: á quien vemos, es al mismo Jesucristo, al mismo Hijo natural del Padre de las eternas misericordias á quien ruega por la salvación del humano linaje. *Et exauditus est pro sua reverentia*. Y si la plegaria de Salomon fué oída, ¿cómo había de desechar la de N. S. Padre? Si cualquiera que pide en nombre de Jesucristo alcanza, según la promesa del mismo Señor: «*Si quis petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.*» ¿cuánto más quien pide á instancias é invitación suya?

Por su ruego brotó en el seno de la Iglesia una nueva fuente de misericordia, cumpliéndose en él esta sentencia del Espíritu Santo: «*la boca del justo es un manantial de vida.*»

Mas el justo no puede ser una planta estéril; él debe ser fecundo, reproducirse y multiplicarse con la bendición del Señor: debe oír la voz de la Providencia, que le dice: «*crece, multiplicate, y llena la tierra.*»

En efecto; el justo florece como la palma, y se multiplica como el cedro del Líbano, según la hermosa palabra de la Escritura santa. Dios no negó la gloria de la fecundidad espiritual á nuestro Santo Patriarca; antes bien le hizo Padre de un gran pueblo: *feci te in gentem magnam*. Multiplicaré tu posteridad, como las estrellas del Cielo, y como la arena de las playas del mar.

Vióse bien pronto el siervo de Dios rodeado de fervorosos discípulos que, abandonándolo todo, determinaron seguirle; y fueron como las primicias y los retoños de su espíritu. El, hombre sencillo y humilde, como su Divino Maestro, reconociéndose por sí mismo insuficiente para enseñarlos é instruirlos en la nueva vida, acudió al Señor, quien le reveló que debía vivir según el Santo Evangelio. Conocida la Divina Voluntad, hizo escribir el Santo Evangelio en pocas y simples palabras, y el Papa Honorio III se dignó confirmarlo.

Dada á la nueva familia una pauta segura de vida cristiana y perfecta, una Regla toda pura, toda santa, toda Divina, creció admirablemente en la mano del Señor, en medio de la más alta pobreza y de la más profunda humildad.

Sus primeros discípulos fueron, como los de Jesucristo, hombres pobres y sencillos, sin otra ciencia

que saber á Jesus crucificado; sin otras aspiraciones, sin otra gloria que vivir y morir abrazados á su cruz; de manera que el Santo Patriarca podia repetirles, con toda verdad, aquello de S. Pablo:

«Videte, fratres, vocationem vestram, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles..... ubi sapiens? ubi scriba? ubi conquistator hujus sæculi?.... nemo itaque gloriatur in hominibus».

Estos humildísimos principios, convenian á una familia destinada á ser uno de los recursos más grandes de la Iglesia en todos los siglos y países del universo. Debía ser el pequeño grano de mostaza porque había de llegar á ser un gran árbol; debía ser la piedra pequeña de Daniel, que se desprende de la montaña para tomar luego tan considerables proporciones de grandeza y virtud; debía ser la pequeña grey que deponiendo todo otro vano temor, había de vivir segura en los brazos de su Padre celestial, porque fué del agrado del Señor poner en ella sus ojos y su corazón, y establecer su Reino hasta la consumacion de los siglos; había de comenzar por ser humilde y pequeña en sus ojos, porque había de ser grande en los de Dios y los hombres; pues segun el pensamiento de S. Agustin, cuando es mayor la elevacion del edificio, tanto debe ser mayor la profundidad de los cimientos.

Tres son las Ordenes religiosas que fundó el Santo Patriarca: las tres han alcanzado gran fama y celebridad en todo el mundo: las tres han sido siempre buen olor de Jesucristo en todo lugar: en las tres han florecido siempre grandes santos: en las tres ha germinado prodigiosamente nuestro Padre S. Francisco y reproducido-

se en numerosos y grandes hombres, en quienes se vé su imágen más hermosa y brillante.

S. Antonio de Pádua, S. Buenaventura, S. Bernardino de Sena, S. Juan Capistrano, Santiago de la Marca, S. Pedro de Alcántara, S. Fidel de Sigmaringa, S. Lorenzo de Brindis, S. José de Leonisa, S. Félix de Cantalicio, S. Serafin de Montegranario, S. Diego de Alcalá, S. Pascual Bailon, S. Luis, S. Berardo, S. Pedro Bautista y sus respectivos compañeros, tan gloriosamente martirizados en Marruecos y en el Japón, y tantísimos otros Santos, como S. Francisco Solano, S. Juan José de la Cruz, S. Bienvenido, S. Pedro Regalado, S. Nicolás y Compañeros Mártires, Sta. Clara, Sta. Verónica de Julianis, Sta. Inés, todos los cuales han resplandecido con admirables xirtudes y milagros en los diversos paises del mundo: han renovado el valor y heroismo de los antiguos Mártires, la austera penitencia de los Antonios, Pablos, Hilariones, Pacomios y demás primitivos Anacoretas; las virtudes apostólicas de S. Agustín, S. Bonifacio, S. Patricio y otros ilustres fundadores de las Iglesias.

Ellos han hecho brillar con nuevo esplendor la santidad de vida y ciencia de los Santos Padres y Doctores que tuvo la Iglesia en sus primeros siglos; la pureza virginal de las Eulalias, Engracias, Leocadias, Teclas, Catalinas, Úrsulas y Cecilias, Apolonias y Anastasias.

Verdaderamente, nuestro Sto. Padre ha sido prodigiosamente multiplicado en sus hijos, su posteridad es santa, ha permanecido en el Testamento, ha perpetuado las virtudes y gloria de Su Sto. Padre, ha inmortalizado su memoria, ha eternizado su nombre; ciertamente que N. S. Padre, ha alcanzado en sus generacio-

nes espirituales una gloria inmarcesible, inmortal, eterna.

¿Y quién podrá calcular la poderosa influencia regeneradora que han ejercido en el mundo tantos santos esparcidos en todos los siglos y naciones de la tierra? ¿Quién podrá comprender hasta dónde se extiende la acción salvadora de tantas almas justas, que no han cesado de orar al Señor por la salud del humano linaje?

Mucho vale la continua plegaria del justo; el mismo Dios, nos lo atestigua, y en las santas Escrituras se refieren ejemplos admirables de cuán eficaz es la oración del justo; S. Agustín ha dicho: *asciende la súplica y desciende la misericordia de Dios.*

La misericordia divina es la que nos salva. *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti.*

Mientras estemos sobre la tierra, nos será imposible formar una idea de lo que valen los justos; ellos son la raza escogida, por la cual Dios ha decretado desde la eternidad salvar al mundo; ellos son la mina preciosa de donde salen los tesoros que enriquecen la humanidad; las fuentes que Dios hace brotar sobre la tierra para fertilizarla; los ríos que, arrancando del seno del Altísimo, pasan por la Ciudad de Dios, la alegran con su murmullo y hacen crecer en sus orillas frondosos árboles de vida; ellos son los vasos de misericordia, los representantes y ministros de la bondad Divina y de la beneficencia del Señor.

He aquí por qué luego de haberse ofrecido á Dios las oraciones de los santos, tomó el Ángel el incensario, y poniendo en él fuego del Altar, lo dejó venir hacia la tierra, y luego se oyeron truenos y voces, se

vieron resplandores, y se sintieron grandes terremotos; terremotos y resplandores de piedad; voces y truenos de misericordia, no de indignacion, ni de justicia.

Metáforas grandes, imágenes gloriosas y brillantes, por las cuales Dios ha querido hacernos entender la maravillosa fuerza de que están dotadas las oraciones de los santos y amigos suyos.

No ruegues por este pueblo, dijo el Señor á un gran siervo suyo, *porque mientras tú hagas oracion por él, no podré castigar sus prevaricaciones.*

¿Quién no se conmueve al recordar la santa porfía que el gran Patriarca Abraham tiene con el Señor, que en figura de Ángel se presenta en su tienda?

Pues qué, dijo el Señor, ¿podré encubrir á Abrahám lo que voy á hacer? Yo que le doy muestras tan particulares de cariño, que le trato como á mi íntimo amigo, ¿podré ocultarle el ejemplar escarmiento que voy á hacer con esas ciudades pecadoras?

Sabe, Abraham, le dice el Señor, que el grito de Sodomá y Gomorra, sus pecados y desórdenes, se han acrecentado y agravado con exceso, y voy á abrasarlas, haciendo bajar fuego del Cielo.

Abraham entonces toma la mano, é interesándose con todas sus fuerzas por la salvacion de estas ciudades, le ruega hasta cinco veces, con suma humildad y caridad, poniendo intercesores á los justos: «Señor, ya que he comenzado, hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza; le dice Abraham por la sexta y última vez, *¿y si se hallaren allí diez justos, ¿no perdonaríais á la ciudad por amor á los diez justos?* y dijo el Señor: *Si se hallaren en Sodomá diez justos, yo perdonaré á todo aquel lugar, y no le destruiré por amor á los diez justos.*

Palabras muy notables, que nos enseñan cómo los ruegos y buenas obras de un pequeño número de justos que se hallan en una ciudad, ó en un estado, tienen fuerza para detener los terribles efectos de la venganza divina sobre los pueblos: palabras sublimes que nos muestran el brazo de la justicia enervado por los ruegos de las almas justas.

¡Diez juntos hubieran salvado á Sodoma! Los buenos, son los mejores baluartes que defienden los Estados y las naciones.

Ahora bien; si tal y tan grande es el poder salvador de los Santos; si tanto les debe el mundo, ¿qué no deberá á N. S. Padre, por cuyas oraciones ha recibido la Iglesia y la humanidad tantas almas santas? Y ¿cuál no sería el mérito de N. S. Patriarca, para haber sido elevado hasta ser el Padre espiritual de tantos justos?

Però aún no hemos dicho nada del prodigioso número de Santos que el Señor dió en la Venerable Orden tercera de Penitencia, y de los importantísimos institutos en alto grado beneméritos de la Iglesia y de la sociedad, que han nacido de la tercera familia franciscana.

Grandes y numerosísimos son los Santos que honran la primera y segunda Orden de S. Francisco N. Padre, mas no son menos numerosos y grandes los que han florecido en la tercera. No es posible citarlos todos; nombraremos solamente algunos, y entre ellos á S. Ivon, S. Francisco de Paula, S. Fernando, Rey de España, S. Luis, Rey de Francia, S. Roque, S. Elzeario, el Beato Raimundo Lulio, el B. José Labre, el B. Lucio; las célebres Santas: Brígida, Rosa de Viterbo, Margarita de Cortona, Coleta, Francisca Romano, Jacinta de Mariscotti, la ilustre Isabel, Reina de Ungria, y la no menos ilus-



tre Isabel, Infanta de Aragon y Reina de Portugal; las insignes Beatas Juana de Valois, Reina de Francia, Viridiana, Luisa Albertoni, Miquelina de Peroro, Angelina de Marciano, iniciadora de las Monjas Terciarias.

Este coro gloriosísimo de Santos, de Bienaventurados y amigos de Dios; esta multitud esclarecida de Esposas de Jesucristo, de ilustres Vírgenes y Santas singularmente amadas del Señor, resplandecieron en su vida por sus admirables ejemplos de penitencia, de caridad, de pureza y demás virtudes cristianas, practicadas en todos los estados y condiciones de la vida humana: en el celibato, como en el matrimonio y en la viudez; en el Estado eclesiástico, como en el laical; en las clases pobres y plebeyas, como en las ricas y nobles; en el seno de las familias reales, como en el humilde hogar del artesano y en las pobres cabañas de los pastores. En todas épocas y naciones han rehabilitado la especie humana, han resucitado las bellezas de la justicia origininal y renovado la imagen de S. Francisco N. P., y la de Jesucristo nuestro Divino Salvador, Santo de los Santos, desfigurada y perdida en el mundo.

Por este cuadro se vé hasta la última evidencia, que en nuestro gloriosísimo Fundador y Padre S. Francisco dió principio una época de verdadera restauracion moral y social, de verdadera reparacion de las grandes ruinas de la Iglesia, causadas por la corrupcion de las costumbres de muchos cristianos que, olvidando su dignidad y la nobleza de su origen, desfiguraban la grandeza de su alma; y llevando el nombre de hijos de la Iglesia, eran en la realidad miserables esclavos de sus pasiones y pecados. Deploraba la Iglesia sus extravíos, y suspiraba por el momento de su reparacion; y Dios,

que en oirla tiene sus complacencias, la consoló por medio de su Siervo Francisco y de sus hijos.

Por cierto que, si la justicia hace grandes á los pueblos, si un solo justo es suficiente para poblar la tierra *ab uno sensato inhabitabitur populus*, ¿qué no debieron hacer tantos santos, distribuidos en todas las clases sociales, y diseminados en todos los países, y colocados sobre todos los tronos de Europa? Es indudable que los progresos del mal fueron contenidos, que renació el orden trastornado, que iris de paz apareció de nuevo sobre el horizonte, que los pobres fueron mejor atendidos, los enfermos con mayor caridad visitados y provistos, las leyes opresoras abolidas, las ciencias protegidas; y que nacieron entonces las grandes instituciones políticas y sociales, los grandes centros civilizadores, los grandes núcleos del progreso cristiano que todavía nos admiran, y que constituyen las glorias más puras y brillantes de la sociedad.

No es esto todo. Más tarde vinieron los ilustres terciarios S. Camilo de Lelis, S. Ignacio de Loyola, S. José de Calasanz, S. Vicente de Paul, S. Juan de Dios, como otros tantos operarios Apostólicos que el gran Padre de familias envió á trabajar en su viña, y ellos correspondieron fidelísimamente, trabajando infatigables en la grande obra de la santificación y civilización del mundo, levantando al efecto sus justamente célebres Instituciones, honor eterno y gloria de la Iglesia y de la sociedad, dulce consuelo del verdadero cristiano.

Y ¿qué diremos de las Congregaciones del Oratorio y de S. Sulpicio en Francia, de la Pia Sociedad de las Misiones y de tantísimos otros Institutos y establecimientos de beneficencia y de enseñanza que han nacido

posteriormente y de otros que se hallan en germen, debidos todos á los profesores de la Venerable Orden tercera, á hijos de S. Francisco, y encaminados á santificar y civilizar el género humano?

Pues si echamos una mirada á la Cátedra de S. Pedro en Roma ¿qué lengua podrá explicar los inmensos bienes que reportaron á la Iglesia universal los hijos de S. Francisco, N. P., inclitos sucesores del Príncipe de los Apóstoles? Basta nombrar los grandes Papas Gregorio IX, Inocencio XII, Sixto V, Pio IX y nuestro inmortal y Smo. Padre Leon XIII, que tan feliz y gloriosamente gobierna hoy la Iglesia, para comprender desde luego lo mucho que ésta y toda la sociedad deben á tan dignos Vicarios de Jesucristo, y por consecuencia, lo mucho que deben al Padre feliz de tan ilustres hijos.

Y no hablamos ahora del Sacro Colegio de Cardenales, Obispos y Apostólicos Misioneros, que esparcidos por todo el orbe han sembrado y siembran la Divina palabra en el Campo del Padre celestial, edificando la Ciudad de Dios por todos los ángulos del universo, plantando, regando y recogiendo copiosos frutos de salud y vida eterna; baste saber que en todas partes se encuentran hijos de Francisco, y por todas han ido y van haciendo bien á todo el mundo, á imitacion del Divino Ejemplar, Jesucristo, de quien se escribe: *pertransiit benefaciendo*. Ellos se hallan en las aldeas, como en las grandes Ciudades; en las naciones civilizadas, como en las bárbaras y salvajes; ellos catequizan al neófito, instruyen al niño, educan al jóven, asisten al enfermo, socorren al indigente, auxilian al moribundo, moralizan al rico y al pobre, al bárbaro y al civilizado;

ellos, finalmente, se hacen todo para todos á fin de ganarlos á todos para Jesucristo.

Así se vé claramente, como la luz del dia, que N. S. Patriarca, multiplicándose en sus hijos, ha sacado del tesoro fecundo de su corazon cosas antiguas y nuevas: *nova et vetera*; ha provisto á todas las necesidades sociales, las del cuerpo y las del espíritu, durante siete siglos, y no cesa de proveer al presente por medio de los Institutos y Fundaciones que se van creando y desarrollando bajo la mano de sus hijos; prueba evidente que la familia franciscana no se agota con el tiempo, y que durará lo que dure el mundo, segun la promesa de Jesucristo hecha á su siervo, el humilde Francisco de Asís.

Admiremos los profundos designios de Dios, adoremos sus eternos é inescrutables consejos, anonadémonos ante su Providencia Suprema, que de tal manera ha querido enriquecer al mundo y á la Iglesia con tan grandes tesoros por medio de un hombre, tan pobre, que se contentaba con una túnica cubierta de remiendos y estaba de buena gana en las Iglesias pobrecillas y desamparadas; tan humilde, que él mismo, con excesivo fervor, con hambre de oprobios y de ser despreciado por amor de aquel Señor que se anonadó y se humilló hasta la muerte de cruz, no se avergonzaba de decir de sí mismo: *y éramos idiotas y sujetos á todos*. Aquí se cumple la verdad evangélica: que, el que se humilla, será ensalzado; aquí se vé el dedo de Dios, pues nadie puede realizar prodigios tan grandes, si el Señor no está con él.

Acabemos de conocer, RR. PP. y CC. HH., que nuestro Seráfico P. S. Francisco ha florecido admirablemente en la mano de Jesucristo, produciendo los

frutos que han exigido las necesidades de los tiempos; y no siendo al principio más que un pequeño grano de arena, háse convertido, con la bendición de Dios, en un grande y elevado monte, cuya base llena la tierra, y cuya cumbre se oculta en las nubes.

A él se han retirado en todo tiempo un gran número de almas que huían de la corrupcion del mundo; se ha poblado de innumerables cedros, palmas, cipreses, plátanos, terebintos, azucenas, es decir, de toda clase de justos.

Entre las nieblas de su época brilló como la estrella de la mañana, como la luna en las sombras de la noche, como el sol en un día triste y oscuro.

Grandes, hermosas y brillantes son, ciertamente, estas imágenes, pero todo es poco para expresar la maravillosa variedad y sublimidad de virtudes de aquel Santo extraordinario que tuvo el honor de ser el primero de los mortales en llevar en su cuerpo las llagas de Jesucristo, no metafórica, sino real y verdaderamente: *signum Dei vivi, signis redemptionis nostræ*; insignias características de la Majestad Divina y de la salvacion del mundo, que el Rey de los siglos no concede sino á los que quiere honrar de un modo especial en presencia de todo su pueblo.

Predestinado desde la eternidad, en los profundos juicios de Dios, para aplacar su justa indignacion y reconciliar los pecadores con el Señor ofendido, destruyó las abominaciones de la impiedad, restituyó las tribus de Israel, sostuvo la casa de Dios y engrandeció la Ciudad Santa, proveyéndola de más y más abundantes medios de salud y de vida eterna. Por él fueron reparadas las ruinas de la Iglesia militante, aliviadas las almas del

Purgatorio, abreviado el plazo de sus penas y colocadas en el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz; y la Iglesia triunfante se vé por él regocijada continuamente con nuevos gozos y alegrías.

Su predicacion era la más fervorosa y ardiente, sus palabras examinadas y castas, á utilidad y edificacion del pueblo; sus discursos nada tenian de estudiados; sencillos y eficaces al mismo tiempo, solo se dirigian á convertir el corazon con la humillacion del espiritu: eran breves, porque la palabra abreviada y á tiempo, es como manzanas de oro sobre columnas de plata. La pintura de los castigos del pecador, junta con la esperanza del perdón; los vicios y virtudes, la pena y la gloria, eran los motivos que proponia frecuentemente y el medio de la mudanza que esperaba en sus oyentes. Penetrados de un santo temor los que habian tenido la dicha de oírle, se acercaban despues del sermón, y ¿qué es, le preguntaban con ansia al Sto. Padre, qué es lo que nos conviene hacer para aplacar al Señor?

El fiel imitador de Jesús, á todos recibia con amabilidad, á todos respondia con dulzura, á todos despachaba contentos, y unos se volvian bendiciendo á Dios; otros, y eran los más, enamorados de tan buen Padre y tan bello Maestro, no acertaban á dejarle, y le seguian y se quedaban con él de discípulos; y unos y otros y todos, salian convertidos y mejorados. *Ecce mundus totus post eum abiit* (1), y esto mismo se verificaba tambien en su humilde siervo. ¿Qué extraño es, pues, que todos le aclamasen mejor que á Judit los de Betulia: Vos sois la consolacion de la Iglesia, la gloria de Italia y de las

(1) Decía S. Juan de Jesucristo. (Joan. XII. 19.)

naciones, el recurso de los pueblos y la admiracion y edificacion del cristianismo entero?

Nuestro S. Patriarca, como se ha visto, ha cumplido fiel y perfectísimamente la mision sagrada para que Dios le había colocado en su Iglesia. Como el vaso de eleccion S. Pablo, pudo decir tambien: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi*. Y porque él fué fiel á su vocacion hasta su muerte, por eso el Señor le colmó de gloria en vida y despues de muerto, y su memoria será siempre en bendicion.

Tal es, carísimos PP. y HH., N. S. P. S. Francisco, cuyo sétimo aniversario tenemos la dicha de celebrar. Su vida toda, desde su nacimiento en un establo hasta su muerte, renovado y adornado con las sagradas llagas, fué la más parecida y la más conforme á Jesucristo; y por eso agradó á Dios y fué colocado entre los Serafines, porque amó al Señor con amor ardentísimo. Si nuestra vida es como su vida, si nuestro amor es como su amor, nuestra muerte será tambien preciosa como lo fué la suya.

Al llegar aquí no podemos menos de dar á Dios gracias infinitas, y alabarle con todas nuestras fuerzas por el sumo consuelo y satisfaccion que nos proporciona en dirigiros las presentes letras con motivo tan plausible y consolador como es exhortaros á que, unidos todos con union de sentimientos y afectos, formando un solo corazon y una sola alma, os esforceis en celebrar con la mayor solemnidad, con entrañable devocion y fervor, la presente gloriosísima festividad, en que tenemos la incomparable dicha de hacer conmemoracion del *sétimo centenario del nacimiento felicísimo de N. S. P. San Francisco*.

Os exhortamos, pues, de lo íntimo de nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, á celebrar estas fiestas llenos de gozo y santa alegría, identificándoos con el espíritu de la Santa Iglesia y de nuestra Madre la Religion, con el Cielo y la tierra, con Dios y con los hombres, pues todos están sumamente interesados en que le tributemos este homenaje de nuestro sumo respeto y veneracion, de amor y cariño á nuestro amantísimo Padre; tributo el más justo, que tanto honra y glorifica á Dios en su humilde Siervo. Y si el Apóstol no se contenta con decirnos una vez que nos gocemos en el Señor, sino que lo repite tantas veces, *iterum dico, gaudete*; si las santas Escrituras á cada página nos avisan que nos alegremos, que sirvamos á Dios gozosos y alegres, *hilarerem enim dotorem diligit Deus; servite Domino in lætitia*. Si la Santa Iglesia se viste de gala y dá saltos de placer en tan solemne día, convidando á todos sus hijos con estas dulcísimas palabras: *Gaudeamus omnes in Domino*; si, finalmente, la misma Iglesia trasportada del más puro gozo y llena de júbilo el día del Nacimiento de la gloriosísima Virgen María, dice hablando con esta Señora Sacratísima: *Vuestra Natividad*, ¡oh Virgen y Madre de Dios, ha traído al mundo universo singular gozo y alegría, y dá la razon: porque de Vos ha nacido Cristo, Nuestro Dios y Señor, Sol de justicia, y vemos que este Sol divino nos está alumbrando hace ya diez y nueve siglos, ni hay quien no participe de su calor, ¿cuántos más motivos y títulos tenemos nosotros de gozarnos y alegrarnos, pues sobre el título de cristianos tenemos el de religiosos, y de religiosos capuchinos? Y ¿cuánto más en estos días en que hacemos memoria de la natividad de nuestro mismo Seráfico Padre y Fundador?

Ea, pues, PP. y HH., penetrémonos todos de estos sentimientos de alegría y de gozo, de estos suavísimos frutos del Espíritu Santo, y ensalcemos sus virtudes, pregonemos sus glorias, publiquemos sus grandezas, anunciemos las maravillas de misericordia que Dios ha obrado en la Iglesia y en el mundo por medio de un hombre pobre y humilde, desheredado, desechado y maltratado de su padre, tenido por loco por la gente del pueblo, sencillo y sin apoyo; para que así resplandezca mucho más y campée mejor la sabiduría, poder y magnificencia del Altísimo, y se vea que verdaderamente Dios es admirable en sus santos, singularísimamente en su humilde siervo Francisco de Asís.

Mas sea todo delante de Dios y en su presencia, y en nombre de N. S. Jesucristo y por su amor; sea con el espíritu con que el Santo Rey David saltaba delante del Arca del Testamento, y con el que los hijos de Job se visitaban; sea de la manera y con los sentimientos divinos con que Jesús y María asistieron á las bodas de Caná; sea con la fidelidad, devocion y caridad con que quiere nuestro mismo Sto. Padre y el Apóstol San Pablo: *omnia vestra in charitate fiant*; sea, finalmente, como se regocijan los siervos de Dios, que ponen todo su gozo y su gloria, no en complacerse á sí mismos, ni á otra criatura, sino en el Señor y por agradarle á él solo; imitando en esto á los Ángeles y Santos de la Gloria en el Cielo.

Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad, decia el gran Papa S. Leon; reconozcamos nosotros la nuestra de *Religiosos*, que es dignidad altísima. ¡Oh estado sagrado del religioso, dice el Ven. Kempis, que hace al hombre igual á los Ángeles, placable á Dios, terrible á los demonios,

y á todos los fieles recomendable! ¡Oh servicio dignísimo de ser abrazado y con grandes ánsias deseado, por el cual se merece el sumo bien y se adquiere un gozo que ha de durar sin fin, *gandium sine fine mansurum!* ¡Oh religion santa, exclama S. Bernardo, oh dichosísimo *estado religioso*, en el cual el hombre vive con mayor pureza, cae menos veces, más prontamente se levanta, anda más recatadamente, descansa con mayor seguridad, es más frecuentemente recreado y visitado de gracias celestiales, se purifica más pronto y satisface mejor á Dios, muere con mayor confianza y es recompensado y premiado más copiosamente! ¡Oh admirable dignacion de la caridad y bondad de Dios, dice S. Gregorio; siervos dignos no somos, y nos llama amigos, é hijos muy queridos!

¡Con cuánta confianza dice el religioso: *Deus cordis mei et pars mea, Deus in æternum!*

Consideremos la piedra de donde hemos sido cortados, atendamos á la nobleza de nuestro origen, de nuestro P. S. Francisco y de nuestra Madre la Religion y de nuestros PP. y HH. religiosos que nos han precedido, á fin de mantener perfecta armonía y conformidad entre nosotros y ellos, y que nuestros pensamientos sean elevados como los suyos, nuestras palabras celestiales como las suyas, nuestras obras perfectas, nuestra vida santa, nuestra muerte preciosa, como lo fué la de ellos, en la presencia del Señor; porque los efectos deben guardar conformidad con sus causas, los frutos con el arbol, los discípulos con su Maestro, los hijos con su Padre.

¿Qué deformidad no fuera, y qué diríamos de un hombre que ciñesen sus sienes imperial corona de diamantes, rubies, esmeraldas, topacios y otras piedras de

gran valor, rutilantes y hermosas como las estrellas, y como un cielo rica y vistosamente tachonado con variedad de colores en un día de los más apacibles de la primavera; y que los brazos, pecho, pies y demás partes del cuerpo, llevase vestido de vestiduras viles, súcias y hechas mil pedazos? ¿Qué impresion nos haría y con qué ojos miraríamos al hijo único de un gran Príncipe que, blasonando de su real alteza y majestad, tuviese el hablar, sentir y obrar de un perdido y de un villano? ¡Qué desorden! ¡qué monstruosidad! qué locura! Eso es lo que diría toda persona sensata y de criterio.

Pues, PP. y HH. carísimos, hagamos la aplicacion, volvamos los ojos sobre nosotros mismos y persuadámonos de una vez que lo que nosotros con harta razon diríamos de la conducta irracional de esos hombres, eso mismo y más dirían de nosotros si viéndonos por una parte con el nombre de hijos de San Francisco, con su misma Regla, hábito y profesion, advirtiesen por otra el trato y porte de un mundano. No lo dudemos, estamos siendo el espectáculo de los ángeles, de los hombres y del mundo; de la Iglesia triunfante y de la militante; de los buenos y de los malos; de los hijos de la luz y de los de las tinieblas: todas las miradas se fijan en nosotros: tenemos muchos admiradores y muchos adversarios; muchos Ángeles de guarda que nos iluminan, nos ayudan, que ofrecen á Dios nuestras lágrimas y oraciones, que nos custodian, nos gobiernan y nos defienden; pero tambien tenemos muchos demonios que, cual rugientes leones, andan, corren, vuelan hambrientos á nuestro alrededor, buscando ocasion y oportunidad para devorarnos; que procuran con todas sus

fuerzas neutralizar las piadosas miras y oficios de los ángeles de paz, y que no tienen otra ocupacion en los largos años de su carrera y oficio, que tentar y turbar á los hombres y trastornarlo todo; por tanto, es preciso, indispensable, que nos portemos de un modo tal, que ni los buenos tengan de qué contristarse, ni los malos de qué acusarnos, que ni unos ni otros se escandalicen, y todos queden de nosotros santamente edificados.

Es decir, que vivamos con sobriedad y piadosamente en este siglo, como nos amonesta S. Pedro; en continúa vigilancia y oracion fervorosa, y siempre preparados como nos enseña la Verdad en el Evangelio; y con el decoro y dignidad que pide nuestra vocación, como nos exhorta S. Pablo.

No con otro fin os he hecho una, aunque débil, pintura de la ejemplar vida y virtudes heróicas de N. Seráfico Padre, sino para que así vengamos á caer en la cuenta de lo que debemos ser nosotros, hijos de tan excelso Padre; para que conozcamos nuestra alta dignidad en medio de tanta humildad; nuestras inmensas riquezas en medio de tanta pobreza; nuestra suma alegría en medio de tantas lágrimas; tan hermosa y lozana vida en medio de la crucifixion y de la muerte: *quasi tristes, semper autem gaudentes; sicut egentes, multos autem locupletantes; tamquam nihil habentes, et omnia possidentes; quasi morientes, et ecce vivimus; dice el Apóstol San Pablo.*

Y si Jesucristo nuestro Bien, hablando con los cristianos en general, les dice palabras tan expresivas y enérgicas como estas: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial;* y su Apóstol: *la voluntad de Dios es que seais santos; ¿qué no dirá á nosotros religiosos, que por*

su amor lo hemos dejado y abandonado todo con el único fin de seguir en pos del Señor, abrazados con la cruz y con absoluta abnegacion y renuncia de nosotros mismos? Dios es quien nos ha elegido á nosotros, sin tener ninguna necesidad de nosotros, ni de nadie, y por un efecto de su infinito amor y misericordia nos ha colocado en su misma Santa casa, entre millares de Ángeles hermosísimos y bellísimos, que con el acatamiento más humilde y la más profunda reverencia le sirven, asisten y hacen la corte á su Rey y Señor.

Ea, pues, RR. PP. y CC. HH., permanezcamos fieles á nuestra vocacion: penetrémonos bien de nuestra mision providencial, y con la vista fija en N. S. Padre y en los numerosos hermanos que nos han precedido en el camino de la bienaventuranza, trabajemos para santificarnos á nosotros mismos y al mundo *in hoc enim positi sumus*, á ejemplo de Jesucristo, de los Apóstoles y de N. S. P. S. Francisco.

Para más confirmaros y animaros á celebrar con santo entusiasmo la próxima festividad, tenemos grandísima satisfaccion en trascribir aquí los documentos que nos han enviado de Roma, relativos á ella.

REVERENDISSIME PATER:

Occasione solemniū festivitatum quas urbs Assisiensis vertente anno celebratura erit ob Centenarium a Nativitate Sancti Patris N. Francisci septimum, pergratissimum Nobis foret, si hoc anno consueta Seraphici Patriarchae solemnitas, die quarta Octobris, splendidius quam mos est, et iuxta zelum studiumve Superiorum conventualium, ageretur.

Pergratissimum quoque Nobis foret, si praedicta die, universi Religiosi Sacerdotes nostri Sacrificium perficerent ad mentem Summi Pontificis, ob desideratum Ecclesiae triumphum, ipsumque Ordinis qui gravissimis adversisque premitur casibus bonum, etiam secundum exhortationem quam dudum in Annalibus Franciscanis Mediolanensibus publicari curavimus.

Cunctis vero Coenobiorum Praesulibus et celebrandi centenarii Tridui potestatem damus, modo et tempore quo iis libuerit ut quisque vel fidelium vel Religiosorum, quae propter illud a Summo Pontifice peculiariter concessae fuere Indulgentias lucrari valeat.

Interim dum Tuis plurimum ceterorumque orationibus confidimus, benedictionem paternam ex intimo cordis Tibi ac quibusque impertimus.

T. R. P.—Romae, die 3 Maii 1882.—Humillimus in Christo Servus.—FR. AEGIDIUS A CORTONA, Totius Ordinis S. Francisci FF. Minor. Capuccinorum Minister Generalis (l. i.)

BEATISSIME PATER:

Fr. Bruno a Vintia Procurator Generalis Ordinis Capuccinorum, ad pedes Sanctitatis Vestrae humillime provolutus exponit, quod omnes sui Ordinis Religiosi, necnon et Moniales S. Clarae, atque Tertiarii saeculares ab Ordine dependentes, in proximo mense Octobris, unum diem, vel triduum, solemniter celebraturi sunt in eorum respectivis Ecclesiis seu Capellis, ad honorem Patriarchae S. Francisci, ob septimum centennarium diei natalis ipsius Seraphici Patris. Humilis Ora-

tor itaque ad fidelium spiritualem profectum, ad augendam devotionem erga S. Patriarcham, Sanctitatem Vestram enixe rogat, ut, praedictis diebus vel triduis, omnes Christifideles contriti, confessi, ac S. Comunione refecti, consequi valeant plenariam indulgentiam etiam Defunctis applicabilem, dummodo, praedictis diebus (determinandis a respectivo Superiore) Ecclesiam Ordinis aut Monialium aut Tertiariorum Cappellam (in quibus praedicta Solemnitas celebrabitur) devote visitaverint, ibique juxta mentem Sanctitatis Vestrae aliquo tempore oraverint. Et Deus... etc.

EX AUDIENTIA SANCTISSIMI

Die 24 Aprilis 1882.

SSmus., occasione de qua in precibus, Indulgentiam Plenariam, applicandam etiam per modum suffragii animabus Fidelium defunctorum, lucrandam per utriusque sexus Christifideles, qui vere poenitentes Sacramentaliter confessi, ac S. Synaxi refecti, unam ex publicis *tantum* Ecclesiis Ordinis Capuccinorum, ut in supplici libello, in quibus Triduana Supplicatio Solemni Ritu celebrabitur, devote visitaverint, et inibi pias ad Deum preces pro felici statu S. Matris Ecclesiae et juxta mentem Sanctitatis Suae fuderint, benigne concessit. Praecipit insuper praefata Sanctitas Sua, ut, a quibus spectat, Christifideles, (non tamen quasi de opere injuncto) aliquam stipem favore alicujus piae Operae, ad libitum conferre exhortentur.—F. CARD. CHISIUS.

NOTA.—Cláusula: *Ecclesiis Ordinis Capuccinorum*, intelligenda est in sensu ipsius supplicis libelli, i. e. de omnibus Ecclesiis sive Fratrum, sive Monialium, sive Tertiariorum.

BEATISSIME PATER:

Cum Rvms. P. Fr. Bernardinus a Portu Romatino totius Ordinis Minorum S. Francisci Minister Generalis a Sede Apostolica per S. Rit. Congñem die 20 Aprilis hujus anni pro omnibus Ecclesiis tum I, tum II, tum III Ordinis regularis et saecularis S. Francisci, in quibus futuro mense Octobris solemne festum celebrabitur ob septimum centenarium diei natalis seraphici Patris eadem Indulta, quae per decretum diei 15 Maii 1881 quoad Missas et Indulgentias concessa fuerant Ecclesiis Civitatis Assisiensis, obtinuerit; Fr. Bruno a Vintia Proc. et Com. Gen. Cap., ad S. V. pedes provolutus, humiliter postulat ut declarare dignetur utrum ea verba Decreti 20 Aprilis 1882 «*ad alias Ecclesias praefati Ordinis Minorum*» ita generaliter intelligi possint, ut omnes familiae Seraphici Ordinis, etiamsi non subjectae praefato Ministro, Indulto gaudere valeant? Et quatenus negative, idem praefatus Orator instanter obsecrat. S. V. ut eadem Indulta per Decretum 15 Maji 1881 dignetur extendere ad omnes Ecclesias publicas Ordinis Capuccinorum, necnon Monialium et Tertiariorum ab eodem Ordine dependentium, in quibus praedictum festum solemne mense Octobris celebrabitur. Et Deus etc.

ORDINIS MINORUM

SANCTI FRANCISCI CAPUCCINORUM.

Sacra Rituum Congregatio, ad relationem infrascripti Secretarii proposito postulato rescribendum censuit: Quoad primam partem, negative: quoad secundam

vero partem, utendo facultatibus sibi specialiter a Sanctissimo Domino Nostro Leone Papa XIII tributis, annuit pro gratia, scilicet extendit ad omnes Ecclesias publicas Ordinis Capuccinorum necnon Sanctimonialium ac Tertiariarum ab eodem Ordine dependentium cuncta privilegia tum quoad Missas, tum quoad Indulgentias, quae in enunciato Decreto diei 20 Aprilis 1882 Ecclesiis Ordinis Seraphici Ministro Generali supradicto subjectis concessa fuerunt: sub iisdem tamen clausulis et conditionibus in eodem Decreto praescriptis. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die 13 Junii 1882.—D. CARDINALIUS BARTOLINIUS, S. R. C. Praefectus.—PLAC. RALLI S. R. C. Secr.

Huic decreto duo alia, in supplici libello memorata, hic addere haud inopportunum existimatur.

BEATISSIME PATER:

Fr. Bernardinus a Portu Romatino, Minister Generalis totius Ordinis Minorum S. Francisci, ad pedes Sanctitatis Vestrae humiliter provolutus reverenter implorat, ut quo uberiori fructu Christifideles excitentur ad recolendam saecularem Commemorationem quae futuro mense Octobris in omnibus Ecclesiis praefati Ordinis Minorum celebrabitur, Sanctitas Vestra benigne elargiri dignetur pro solemnibus Triduanis, quae tunc peragenda erunt in omnibus Ecclesiis tum I, tum II, tum III Ordinis, easdem Indulgentias, quae concessae jam fuerunt Ecclesiis Assisiensibus. Humillime etiam postulat, ut singulis diebus enuntiatae solemnitatis, in supradictis Ecclesiis celebrari possint Missae propriae S. Francisci, ut in eius die festo.

ORDINIS MINORUM
S. FRANCISCI OBSERVANTIUM.

Sacra Rituum Congregatio, utendo facultatibus sibi specialiter a Sanctissimo Domino Nostro LEONE PAPA XIII tributis, benigne concessit ut Indulta per Decretum diei 15 Maii 1881 quoad Missas et Indulgentias pro solemnibus Triduo ad recolendam septimam saecularem Commemorationem diei natalis inclyti Patriarchae S. Francisci Confessoris celebrando in Ecclesiis Civitatis Assisiensis, extendi valeant ad alias Ecclesias prae aeti Ordinis Minorum in quibus haec Triduana solemnities debito decore peragi possint: servatis tamen conditionibus in supra dicto Decreto contentis. Contrariis non obstantibus quibuscumque.

Die 20 Aprilis 1882.—D. CARDINALIS BARTOLINIUS S. R. C. Praefectus.—PLAC. RALLI S. R. C. Secr.

Con tan plausible motivo, nos encomendamos en vuestras oraciones efficacisimamente, y de lo íntimo de nuestro corazon, os damos á todos, Padres y Hermanos, nuestra bendicion paternal.

Dado en nuestro Convento de San Sebastian del Monte de Hano (Santander-Escalante) á 10 de Setiembre de 1882.—Vuestro más humilde siervo en Jesucristo,

FR. JOAQUIN DE LLEVANERAS

ut supra.

Por mandado de S. Patern. Rma.

FR. CAYETANO DE IGUALADA,

Srio.

